



Hay vidas que parecen predestinadas a la bondad y el consuelo desde que son nombradas. Celia se convirtió en la albacea de la memoria histórica de la Revolución. Junto a las apremiantes tareas inmediatas que planteaba cotidianamente la lucha, se dedicó a salvar el testimonio documental. Hoy es posible reconstruir el relato minucioso y veraz de aquella epopeya, gracias en gran medida, a la certera visión de Celia, a su agudo sentido de la historia, a su celo y pasión obsesiva por conservar los documentos de esa historia. Los documentos que con tanto amor, pasión revolucionaria y dedicación guardó, escribió el compañero Fidel, constituyen uno de los legados más importantes de la Revolución y un homenaje perpetuo de respeto, cariño y honor de nuestro pueblo.

Y no se trata solo de sus acciones en la lucha revolucionaria ni en la obra material, sino también espiritual: los valores políticos, ideológicos y morales que Celia infundió al proceso revolucionario siempre junto a Fidel. Por ello, no fue casual, que el compañero Armando Hart en el 70 aniversario del natalicio de Celia, el 9 de mayo de 1990, expresara: “[...] fue Celia: una comunista genuina, una revolucionaria de corazón, una fidelista de raíz. He ahí su grandeza, he ahí sus enseñanzas imperecederas”.

Ella tuvo el don de convertir en oro todo lo que tocaba, pues materializaba en hechos los más complejos y difíciles proyectos. Las huellas que ha dejado entre nosotros no se podrán borrar jamás.